



Linuxmint, si sabes lo que quieres

Bernardo Ruiz

La competencia entre los sistemas operativos para computadoras personales se ha vuelto más rica con cada versión de Linux, siempre gratuito y cada vez más accesible.

LA BATALLA DE LAS PLATAFORMAS y el desplazamiento de las computadoras hacia las tabletas se ha convertido en la noticia cotidiana de estos años. Los competidores tradicionales desde hace tiempo han sido las animalías de Mac y el *Windows* de Microsoft, en cuestión de plataformas. Con el advenimiento del iPod y el iPhone, y la expansión en capacidad de los teléfonos portátiles, a los que se han sumado entre otros factores el furor de las redes sociales y la generalización de la red inalámbrica —pública o cerrada, cada vez más potente—, está claro que el mundo ha cambiado.

Sólo para las nuevas generaciones es natural esta escena, donde la constante homologación de los sistemas digitales nos lleva a territorios que antes fueron únicamente propiedad de la fantasía en los sueños y aspiraciones de la ciencia ficción. Pocos son quienes con más de cinco o seis décadas encima pueden gozar cabalmente las ventajas de este nuevo mundo global y sus desconcertantes perfiles tecnológicos.

Mas la tecnología y la innovación vertiginosa son las constantes de la contemporaneidad, ya, de manera irremediable. Sin embargo, los costos de nuestra nueva forma de vida incluyen una trampa compleja en la adquisición de estos bienes.

El imperio de los derechos de autor y las patentes de mercado se ha convertido en un impedimento constante para la fácil adquisición de los beneficios que las diversas marcas promueven. Aunado a ello, la velocidad de la obsolescencia es creciente. El objeto deseado de ayer, hoy es basura tecnológica. O bien, desde el primer día somos poseedores de una tecnología inútil. Como consumidores somos presa constante de la codicia o del fraude de las grandes empresas.

Nadie que tenga una computadora con *Windows* de cualquier época ha sido ajeno a la frustración de un congelamiento o a la temida pantalla azul de la muerte. El ejemplo es común. Día con día padecemos la imposición de este mercado en nuestras oficinas públicas, en un amplio número de bancos y servicios o en nuestras escuelas de todo nivel. El usuario carga permanentemente la cruz de la mercadotecnia de Bill Gates, donde no sólo la vulnerabilidad de la plataforma es fuente constante de preocupación: la proliferación de virus y gusanos siempre hacen temible una pérdida de sus datos y de su información.

Por otra parte, a lo largo de los años, la eterna promesa de que la versión más reciente de la plataforma es la más noble, dúctil y segura, resulta una mentira del tamaño del mundo. Quizás el usuario argumenta respecto a su facilidad, pero tiene que conformarse con lo que le dan; y



Fontmatrix, programa para administrar fuentes tipográficas en Linux



tratar de sobrevivir con la compleja ayuda que poco aporta la compañía. Cada paquete de cómputo, debe reconocerse, y cada programa, tienen una capacidad extraordinaria. Sólo muy pocos aprovechan con eficacia su potencial.

Cabe asumir también que las fallas en el funcionamiento de un aparato existirán siempre. La programación depende de seres humanos, lo cual hace falible a cualquier programa por más depurado que esté.

Es cierto también que, en general, las máquinas y programas actuales son cientos o miles de veces mejores que los precedentes; es innegable su serie de cualidades y potencia. Aunque uno se pone a temblar cuando debe asumir el costo de cada paquete, sea como usuario, empresa o institución.

Y bien, por razones de compatibilidad no es muy sencillo renunciar al uso de *Windows*, al menos en las oficinas, o merced a la afición por algunos juegos espléndidos; pero se puede trabajar muy a gusto y con una mayor seguridad utilizando lo menos posible esta plataforma. Así lo he visto con quienes han dado el paso hacia Mac; y así lo vivo trabajando el mayor tiempo posible en Linux.

He usado Linux, una plataforma gratuita muy semejante a Unix, durante casi quince años; veo con placer que el Linux de hoy cumple con su objetivo inicial: ofrecer “lo mejor de ambos mundos” en cualquier computadora personal. Hace algún tiempo su oferta de programas era escueta; sin embargo, en la actualidad es una plataforma versátil, con un sinnúmero de paquetes gratuitos que sustituyen perfectamente a casi todos los paquetes costosos y las utilerías que por lo general se requieren para dar respiración artificial a *Windows*.

Durante mucho tiempo, el mayor impedimento para la difusión y proliferación de Linux fue la dificultad de ajustarlo y afinarlo; su base



técnica era compleja para quien no tuviera conocimiento de un poco de programación, algo de matemáticas y una dedicada paciencia. Aquel Linux ha desaparecido. En la actualidad su instalación tarda menos que la de *Windows* y el proceso es automático. Incluso sus actualizaciones son discretas.

Linux tiene otra ventaja: la velocidad y aprovechamiento del procesador y de la memoria de la computadora permiten hacer mucho mejor uso de los recursos de la máquina, con el bono adicional de que sus procesos son multiusuario y sus conexiones en extremo estables. Y al gusto: su aspecto varía según la versión de cada compañía dedicada a su difusión.

En la medida en que esta plataforma es software libre, diversos especialistas proponen versiones cuya aceptación depende de los intereses de los usuarios. Para ejemplificar esto puede recurrirse a las múltiples invocaciones marianas de los católicos: se entiende que la del Pilar o la del Carmen o la de Guadalupe son la misma María, pero cada cultura prefiere apoderarse o formular una imagen determinada de ella.

Así, el Linux parte del proyecto con ese nombre, diseñado e instrumentado por Linus Torvalds. El núcleo permite trabajar con códigos abiertos, lo que facilita diversos ajustes al sistema conforme cada programador enriquece o mejora los diversos procesos en que se apoya su funcionamiento. Por ello se tienen versiones como *Suse*, *Red hat*, *Ubuntu*, *Debian*, etc.; su base canónica, incluso, permite derivados y adaptaciones finas, como es el caso de *Ubuntu* y *Linuxmint*, o de *Ubuntu* con *Jolicloud*.

Bajo el mismo concepto, miles de programadores aportan sus conocimientos para mejorar cada proyecto: así el *Gimp* se ha convertido en un programa poderoso en extremo para trabajar imágenes. Lo mismo sucede con *Open office*, un sustituto excelente del *Microsoft office*, con la ventaja de que se distribuye gratuitamente. *Inkscape*, por su parte es un programa para ilustración con base en vectores que permite crear con detalle y precisión imágenes de alta calidad en formato SVG, principalmente.

La gratuidad de este software facilita su distribución, con la ventaja de que tienen también versión para *Windows*, lo que permite evaluarlos. Amplios foros en la red discuten sus problemas y asesoran técnicamente respecto a sus usos. Asimismo, hay manuales que son un detallado catálogo del funcionamiento de cada programa repartidos en cientos de sitios en Internet.

Hasta hace poco usé la versión *Suse* de Linux, que utiliza el entorno KDE para su funcionalidad, pero la demostración de *Ubuntu* que vi me pareció más ligera y amigable. Para probarlo, lo utilicé en mi más vieja computadora. La máquina, una Sony de escritorio, volvió a la vida. Los



constantes parches de *Windows XP* que la habían vuelto muy lenta me hicieron caer en la cuenta de sus fatales implicaciones. Con el *Ubuntu* la he convertido en un muy cómodo servidor de impresión.

En cuanto a mi portátil, la información de los usuarios en Internet afirmaba que la *Vostro* de Dell tenía partes de su arquitectura que dificultaban una fácil instalación del *Ubuntu*. Por otro lado, no tenía más de un año que le había borrado el inútil *Windows Vista* que la hacía inmanejable. Con el *Windows 7*, que se arrastra mejor, me conformé.

Sin embargo tenía la inquietud de las nuevas versiones de Linux. En las tablas de comparación de los diversos proveedores encontré una pista: *Linuxmint*, un fino derivado de *Ubuntu* en su versión irlandesa. Me encantó además su nombre clave: JULIA. En pocos minutos había fabricado mi disco de instalación. De hecho, lo más laborioso es la precaución de los respal-

dos: en una instalación los errores van a la cuenta del usuario. Una breve precaución más para el proceso: desfragmentar el disco duro.

Hecho eso, conecté por cable la notebook al *router* de WiFi, como recomienda el manual. Esto permite reconocer la red de inmediato y acelerar el proceso de instalación de *drivers*; con ello el funcionamiento de cada parte de un equipo se garantiza. La instalación puede correrse con detalle o por defecto, según la habilidad del usuario. Preferí meterle mano a las particiones manualmente: con ello se puede estructurar la información propia independientemente del sistema, y controlarla para compartir en *Windows* o mantenerla protegida por el propio *Linuxmint*. En media hora el sistema quedó listo. Con 15 Gb se puede uno convencer de la versatilidad y capacidades del sistema, aunque bien puede hacerse una versión portátil para USB.

Seleccionar utilerías y extras requiere más tiempo. En especial el *Tex* y el *Scribus* son programas que utilizo con frecuencia: son necesarios para levantar tipografía. En especial, el *Tex* es la joya de la corona de la programación para tipografía. Si bien su curva de aprendizaje es lenta, sus resultados, en cambio, son óptimos. Igualmente, afinar los detalles estéticos o la cantidad de pantallas virtuales implica tiempo por la diversidad de opciones.

El único programa con el que *Linuxmint* puede tener problemas es el *Chrome* de Google; ahí sí, ni a quién echarle la culpa: Google advierte que su navegador para Linux está aún en versión Beta. En tanto, *Firefox* sigue siendo más sólido.

Los tiempos que corren no están para gastar en software las grandes cantidades que se requiere invertir en programas legales donde uno paga por trabajar. Por su parte, los mayores beneficios de esos programas vienen con la cuota. Por ello, no merece la pena intentar jugadas ilegales, en especial en empresas y oficinas públicas o universidades. Vivir en el ventajoso mundo de Linux es actualmente gratificante, como no lo había sido nunca. Vale la pena intentarlo. Hay mucho que aprender y disfrutar por esa vía. 

